



# LA CRUZADA,

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

## SUMARIO.

Trescientos años atrás (conclusion), por D. Ramon Nocedal.—*Del estudio de los Clásicos*, por el Marqués de Casa-Irujo.—*Sitio*, poesía, por D. José García.—Suelto.

## TRESCIENTOS AÑOS ATRÁS.

(Conclusion.)

Ya Wicief y Huss y los taboristas con otros menos célebres habían iniciado en el siglo xiv la herejía protestante, que más tarde se hizo grande y poderosa protegida por la impudicia de un fraile apóstata y la liviandad de un rey adúltero. A la voz de *libre exámen*, dada por los falsos reformadores, quebrantóse el freno con que los hombres sujetan sus malos instintos, alzaronse irritadas las pasiones, encendióse el orgullo de los poderosos, lanzáronse los soberbios contra la Iglesia de Dios, y revolviéndose luego contra sí mismos, convirtieron á Europa en un lago de sangre poblado de ruinas y cadalsos. España, que había salvado á Eu-

ropa de la irrupcion agarena y llevado al Nuevo-Mundo la luz de la verdad, luchó con la impiedad y triunfó de ella. Pero el hálito venenoso del libre exámen, que había querido disolver los vínculos religiosos, penetró tambien en el campo de la filosofía. A Descartes cupo la tristísima gloria de ser el primero que rompió la tradicion científica. Bajo el nombre comun de *pensamiento*, base y piedra angular de su filosofía, abrazó así los actos de la inteligencia como los de los sentidos, y abrió incautamente al orgullo humano dos caminos de perdicion. Siguióle Locke por uno de ellos, reduciendo el entendimiento á los sentidos; dedujo Condillac las últimas consecuencias sin saber el mal que hacia; y Tracy, Helvecio y Cabanis sentaron por corolario su impio grosero materialismo. A los pechos de esta filosofía miserable se criaron el bárbaro fanatismo de Rousseau, la estúpida incredulidad de Voltaire y la revolucion espantosa que puso á Francia roja de sangre y de vergüenza. El espíritu humano retrocedió con terror de los abismos abiertos por el sensualismo, y para salvarse se lanzó por caminos de perdicion segura y más terrible. El idealismo de Berkeley y el escepticismo de Hume fueron trasplantados sobre más

profundos cimientos en Alemania por Kant y estén-  
didos á todas las ciencias por Fichte, Schelling y He-  
gel: y aquella filosofía soberbia, que habia nacido para  
reivindicar los derechos de la razon, terminó su tene-  
brosa carrera declarando que *la razon es un sueño*; y  
aquella filosofía miserable, que habia empezado por  
declarar al hombre modelo acabado de perfeccion y  
grandeza, concluyó diciéndole como última palabra de  
su moral egoista y repugnante: *ámate á ti sobre todas  
las cosas y al prójimo por amor de ti mismo!* Tras de  
esta última evolucion filosófica, vestido con el pomposo  
ropaje que ella le dió, vino el *liberalismo*, monstruoso  
conjunto de errores é iniquidades maldito de Dios, pe-  
cado nefando y, á la vez, castigo tremendo de la sober-  
bia humana.

¡Libre exámen! Tres siglos lleva de imperio; un  
paso más y la obra está acabada. Libertad, progreso,  
paz, felicidad, riqueza, todo linaje de bienes ofreció el  
libre exámen á los que le siguiesen: gran parte de los  
hombres le creyó; y ¿qué les ha dado? ¿Qué nueva ver-  
dad, qué nuevo dogma les ha enseñado? ¿Qué día com-  
pleto de paz y de ventura les ha proporcionado? Despues  
de quince siglos de Cristianismo, cuando la sávia de la  
verdad estaba ya inoculada en las venas de las socie-  
dades y la Iglesia se levantaba ante todos los pueblos  
enseñando su doctrina, era imposible volver de una  
vez á la abyeccion del paganismo antiguo, no se podian  
extirpar en un día las ideas de dignidad, libertad,  
igualdad y caridad que los pueblos habian aprendido de  
la Iglesia; pero se podia exagerarlas, falsearlas y por  
otros caminos ir á errores más absurdos y perniciosos.  
El paganismo antiguo esclavizaba al hombre; el paganis-  
mo moderno le deifica: ¿cuáles errores tienen conse-  
cuencias más funestas? Dígalo la historia de tres siglos;  
díganlo las guerras religiosas, la revolucion francesa,  
la civilización moderna. En nombre de ideas infernales  
disfrazadas con preciosos nombres, sujetó el libre exá-  
men al hombre á sus pasiones, emancipó á la mujer  
y la declaró libre de los santos lazos que la hacen  
amable y respetada. El libre exámen arrojó de los  
cláustros á los monjes y las vírgenes del Señor, porque  
le pareció inútil y ocioso que el alma humana,—que  
es de raza de ángeles y vive en este cuerpo de barro  
presa y desterrada,—rompiese los lazos de la carne y  
esperase su ventura inmortal unida á Dios en conti-  
nua y estrechísima comunicacion. El libre exámen  
derribó al matrimonio de la alteza en que Dios le puso,  
reduciéndole á simple contrato; él quebrantó los lazos  
naturales é indisolubles de la familia con el divorcio,  
y puso á la esposa á nivel de la manceba; y disol-  
viendo la familia rompió el vínculo de amor que une

al hombre con su patria, cegó el cauce de las grandes  
tradiciones, destruyó el santuario del amor, y convir-  
tió á los pueblos en montones de hombres que viven  
perdidos en el tiempo y en el espacio, sin recuerdos  
ni esperanzas, la plaza pública por hogar, por patria  
el mundo. El libre exámen endureció las costumbres  
encendiendo el ódio de los hombres, atizando guer-  
ras sangrientas, levantando por todas partes cadalsos  
y guillotinas; y por otro lado las hizo muelles y afe-  
minadas con el lujo y la lascivia. El libre exámen es-  
tirtió la caridad en las almas de sus sectarios, que  
unas veces se levantan contra los ricos diciendo, como  
Proudhon: «la propiedad es un robo;» y otras veces  
pretenden, como la escuela economista, arrojar de sus  
asilos á la pobreza; y otras dicen, como Malthus: «el  
que no tenga asiento en el banquete de la vida, que lo  
deje.» El libre exámen destruyó la conciencia pública  
formada por el Cristianismo, entregando los princi-  
pios morales y las reglas de la justicia al pensa-  
miento individual, y las sociedades, para no pe-  
recer, tuvieron que escribir y sancionar en sus le-  
yes y constituciones muchas de las máximas sal-  
vadoras que antes estaban escritas en todos los co-  
razones. El libre exámen arrancó la autoridad de su  
lugar y esfera propios y la entregó á los vaivenes de  
la caprichosa multitud erigida en soberana; y aun vive,  
porque el instinto de conservacion la sostiene, mas  
oscilando, vacilante y tímida. El libre exámen negó la  
revelacion divina, y las tradiciones humanas, y los eter-  
nos principios de la verdad y la justicia, y dejó los hom-  
bres y los pueblos á merced del sofista más sutil, del  
político más astuto, del orador más elocuente ó del guer-  
rero más valiente y arrojado. Él erigió en ley suprema  
la ley de las mayorías, sin considerar que los necios son  
más que los sábios y los malos más que los buenos, sin  
recordar que la mayoría de los sábios llamaba loco á  
Colón y se reía de Galileo, y sin embargo existia Amé-  
rica y la tierra se movia; él ha sustituido en los tribu-  
nales la ciencia probada con la honradez ignorante y  
no segura restableciendo el jurado, propio de los pue-  
blos incultos; él ha vuelto á los pueblos el sistema  
electivo que los bárbaros desechan cuando comienzan  
á civilizarse, y ha convertido muchos gobiernos en mi-  
norías perpétuas, donde ambiciosas banderías se dis-  
putan el mando con estériles discusiones, con el insulto  
y la calumnia por armas, á balazos muchas veces; él, en  
fin, ha unido á las naciones con los lazos del interés, con  
el respeto á todas las opiniones, con ferro-carriles y telé-  
grafos, y ha dividido á los ciudadanos con los abismos  
insondables de las creencias, focos perennes de discor-  
dias y luchas terribles, ó lo que es peor, de la indiferen-

cia que mata la fé y el entusiasmo y todo sentimiento grande y generoso. Y todo esto lo hizo, no en la paz, no con la sangre de sus propios hijos, sino con grandes tesoros y poderosos ejércitos y entre torrentes de sangre y de fuego. No dijo á los hombres como el Cristianismo: «estos son vuestros deberes, cumplidlos;» sino: «estos son vuestros derechos, conquistadlos.» Y todos olvidaron sus deberes por exigir sus derechos. Olvidó la mujer que el hombre es el jefe de la familia, y el hombre no se acordó de que la mujer es compañera suya y no su sierva; los pueblos quisieron ser soberanos y los reyes convertirse en Césares; y el hijo se levantó contra el padre, y la mujer contra el marido, y el pobre contra el rico, y el vasallo contra el rey, y el rey contra Dios. Así se labraron con crímenes y traiciones coronas usurpadoras; así se desataron á un tiempo todos los huracanes de la revolucion, que derribaron tronos, deshicieron imperios, allanaron fronteras y aun rugen y se estrellan contra los muros de Roma, como olas alborotadas al pié de inespugnable montaña.

Jamás hubo tantos delitos, ni el crimen tuvo tanto refinamiento: nunca la infidelidad conyugal fué tan frecuente, ni la prostitucion tan numerosa, ni las inclusas y los hospicios estuvieron tan poblados. Muchos hombres han convertido las sociedades en mercados donde venden su dignidad y su conciencia por un vitor de las turbas amotinadas, por un puñado de oro ó por una banda con que cubrir las miserias de su pecho: la ambicion, la vanidad ó la avaricia son su moral; aplausos, trenes, fausto y poder sus únicas aspiraciones: cuando están disputándose la presa codiciada, un pedazo de pan, un honor inmerecido, ó gozando el fruto de sus palabras elocuentes y sus intrigas, nada les importa: honra, fama, deberes, patria, todo lo olvidan; se parecen á aquellos romanos que reian y bebian en alegres festines cuando los bárbaros estaban á las puertas de Roma. Muchas mujeres, emancipadas por el libre exámen, imágenes vergonzosas de las antiguas cortesanas, hacen de la irreligion donaire, del descaro coquetería, del lujo necesidad, y se avergüenzan de ser los ángeles del hogar, y ocupadas en los cuidados del tocador ó en los placeres del festín, no tienen tiempo para ser hijas y esposas, ni aun para criar á sus hijos con su sangre!.... ¿Quién no recuerda los templos de Vénus y Adónis al ver la prostitucion convertida en industria lícita, vigilada y aun cuidada por los gobiernos? ¿Quién no cree ver resucitadas aquellas impúdicas matronas de los últimos dias de Roma en nuestros teatros y en nuestros salones, almacenes públicos en cuyos escaparates venden las mujeres por un vano aplauso los secretos de la her-

mosura que la vergüenza debia cubrir con velos impenetrables? ¿Quién viendo esto no busca con afan un sentimiento poderoso, una creencia arraigada que pueda ser prenda de esperanza y tabla de salvacion? ¿Quién al ver como los sistemas se dividen en escuelas, las escuelas en partidos, los partidos en fracciones, casi tantas como individuos, y que cada uno defiende una opinion, y que no hay dos que tengan un mismo símbolo, no se estremece y cree estar entre los sacerdotes del politeísmo antiguo, ó teme encontrarse en una nueva Babel, en una nueva y más espantosa confusion de lenguas, de ideas é inteligencias? Y ¿quién no vuelve los ojos, como Tácito, hácia las tribus bárbaras del Norte, y la envidia, «porque al menos en sus bosques la virtud no hacia reir ni la corrupcion se llamaba moda?»

¡Oh! ¡Satisfecho estará el genio del mal de su obra! ¡El espectáculo es completo! ¡Destruídos los cláustros, disuelta la familia, moribundas las sociedades, vencida la virtud, triunfante el crimen, negaciones, dudas, indiferencia por todas partes, y el libre exámen batiendo sus negras alas sobre un monton de ruinas y de escombros!....

¿Y no habrá remedio? ¿Será imposible la salvacion?

¿No vendrá el dia en que la humana estirpe

De tanto duelo y lágrimas cansada,

En santa paz, en mútua union fraterna

Viva tranquila? ¿En que su dulce imperio

Santifique la tierra, y á él rendidos

Los corazones de uno al otro polo

Hagan reinar la paz y la justicia?

¡Ah, sí! vendrá, y quizás no esté lejos. El pecado fué grande, y el castigo ha debido ser duro; pero la Iglesia lleva en su seno la verdad, la salud y la vida á través de las aguas del diluvio.

La humanidad, fatigada de luchas inútiles y disputas estériles, se detiene rendida y sin aliento, y pregunta al apóstol del error:—«¿Cuándo llegamos? ¿Cuál es el símbolo en que he de creer? ¿Dónde está el bien que busco en vano?» El libre exámen le responde como hace trescientos años: «Búscalo tú; yo no sé nada: tu pensamiento es libre.» La humanidad mira aterrada el camino andado, el tiempo perdido; ve sus piés tintos en sangre, siente el alma vacía, y convulsa y temerosa se vuelve, arrastrada por el instinto que huye de la muerte, á buscar las fuentes abundantes, la sombra bienhechora, el aire puro, los campos fértiles y amenos que se dejó trescientos años atrás. En vano los corifeos del libre exámen pretenden detenerla; ella responde como el ciego del Evangelio: «Yo no veía, y allí

encontré luz.» En vano la prometen libertad, y felicidad y grandeza; ella contesta: «Cien veces me habeis prometido lo mismo, y solo me habeis dado ruinas y sangre y dolores.» En vano la soberbia se cobija bajo el manto de los Césares y enciende la ira de las muchedumbres; con todo eso se siente débil y teme. Ya no dice como Voltaire: «Aplastemos al infame,» sino que esconde el puñal y hiere, como Renan, al dar el beso de Judas: la impiedad se ha hecho hipócrita, y la hipocresía es el tributo que el mal rinde al bien. En las selvas de África, de Asia y de Oceanía, en la patria tenebrosa de la filosofía moderna, en todas partes donde la ignorancia ó el error imperan, la verdad, llevada por humildes misioneros, se abre camino y se difunde y prospera. Hasta la soberbia reina de los mares siente la fuerza de la reaccion que abrió á los católicos las puertas del parlamento y está próxima á llevarlos á los primeros puestos en Irlanda. La voz de Santo Tomás vuelve á resonar en Europa. San Severino, Taparelli, Perroné, Liberatore, se alzan sobre la cátedra del mundo; la razon, sedienta y ansiosa, vuelve hácia ellos los ojos, y el libre exámen brama y se revuelve impotente bajo la espada de fuego del Angel de las Escuelas.

Todavía no se han rasgado las sombras de la noche; aun retumba el trueno sobre nuestras cabezas, pero el día no puede estar lejos: pronto «pasará el invierno y cesará la lluvia; porque ya brotan flores en nuestros campos y la tórtola canta en nuestros bosques.» Aun domina la impiedad en el mundo, y es reina de muchos tronos y caudillo de grandes ejércitos; puede ser que aun veamos crímenes sacrílegos é iniquidades horribles; pero ¿quién sabe? La patria de Carlo-Magno, grande en el bien como en el mal, á pesar de sus pecados, despues de durísimos castigos, todavía es católica en su inmensa mayoría. Todavía hay una nacion en el mundo, la vencedora del Islamismo, la rival poderosa de la Reforma, la civilizadora de América, que en castigo de muchos y grandes pecados, yace abatida y débil, pero que en medio de la ruina universal se ha conservado incólume, que jamás ha apostatado, que aun es y se llama católica. ¿Quién sabe los caminos que Dios abrirá? Confiemos y alegrémonos: las inteligencias y los corazones van volviendo en sí, y por ahí empezaron todas las cosas grandes y permanentes; la felicidad, la salud y la vida están en la Iglesia, y contra la Iglesia no prevalecerán las puertas del infierno. Si Dios mismo no lo hubiera dicho, la experiencia de diez y nueve siglos sería prenda bastante de seguridad y confianza.

Gravemos en nuestros corazones los versos de un

clásico italiano que no há mucho recordaba nuestro Padre Pio IX:

D' ogni colpa la colpa maggiore  
 É l' accesso di un empio timore  
 Oltraggioso all' Eterna pietá.  
 Chi dispera non ama, non crede  
 Che la Fede, l' Amor, la Speme  
 Son tre faci che splendono insieme  
 Ne una ha luce se l'altra non l'ha.

RAMON NOCEDAL.

#### DEL ESTUDIO DE LOS CLASICOS GRIEGOS Y LATINOS.

El camino que vamos á recorrer es un camino muy trillado. No pretendemos, por consiguiente, una originalidad de la que no somos capaces, ni decir nada nuevo acerca de las ventajas que ofrece el estudio de las lenguas y literatura de Grecia y de Roma, sino unir tan solo nuestra humilde opinion á los fallos pronunciados sobre este particular por los hombres más eminentes de todos tiempos y de todos países. Pero como un gran número de personas combaten hoy dia estos estudios, y es cuestion de alta importancia y trascendentales consecuencias, á nuestro juicio, para la educacion y cultura intelectual de la sociedad, nos hemos resuelto á tratarla, reuniendo en el corto espacio de este artículo las principales razones por las que se ha hecho de estos estudios el objeto ó instrumento principal de la educacion, y para mejor inteligencia del asunto haremos, antes de entrar de lleno en la cuestion, algunas observaciones generales sobre el estudio de las lenguas y de las letras.

No siendo la educacion sino la cultura de las más nobles facultades del hombre inteligente, fácilmente se esplica la preferencia que, durante muchos siglos y en todos los países, se ha dado al estudio de las lenguas y de la literatura.

Las facultades del hombre solamente pueden desarrollarse por su ejercicio; de donde se deduce claramente la necesidad de ejercitar el pensamiento y la palabra, que constituyen su más grande y más esencial prerrogativa, porque por ella es superior á todos los séres creados, y por ella manifiesta ser hecho á la imágen de Dios.

Ahora bien; para ejercitar estas facultades es necesario hacerlas mover en su elemento propio, y como el lenguaje es la única espresion del pensamiento, deducimos la necesidad de su estudio para cultivar y perfeccionar la inteligencia; en una palabra, para en

señar al hombre á pensar y espresarse con elegancia y correccion.

Esta razon fundamental, unida á otras muchas que aunque de un órden inferior no son menos convincentes, y que no enumeramos aquí para no ser prolijos, han sido causa de que todos los hombres experimentados hayan dado siempre el primer lugar al estudio de las lenguas.

Estas mismas razones nos llevan un paso más adelante, y nos hacen reconocer la inmensa ventaja de estudiar las lenguas extranjeras, aunque no por eso pretendemos excluir el estudio detenido y profundo de la propia que colocamos en primer lugar.

Pero por muy importante que sea el estudio de nuestra lengua patria, no ofrece las ventajas para la educacion y ejercicio de la inteligencia que el estudio de una lengua extranjera, porque el juicio y la apreciacion, la atencion continúa, y la comparacion razonada que exige la traduccion de las lenguas extranjeras son un ejercicio eminentemente adecuado para cultivar, desarrollar y perfeccionar las facultades intelectuales.

Establecida así la necesidad del estudio de las lenguas, y con especialidad de las extranjeras, tócanos ahora señalar las razones por qué se ha preferido el estudio de las lenguas llamadas muertas, al de las modernas, y demostrar la superioridad y ventajas que ofrecen para este objeto las lenguas griega y latina.

A fin de resolver con mayor precision y claridad las dificultades que ofrece esta cuestion, la dividiremos en dos partes: en la primera daremos las razones generales que han hecho preferir las lenguas antiguas á las modernas, y en la segunda trataremos de las bellezas y méritos particulares del griego y del latin escogidos entre todas las lenguas antiguas, como objeto principal de los estudios literarios.

Dos son las razones principales que justifican esta eleccion: primera, el hecho de ser lenguas originales y modelos sobre las que se han formado las modernas; y segunda, su inmutabilidad y perfeccion.

Las ventajas que ofrece para la enseñanza una lengua que tenga estas condiciones, no necesita ser probada, porque es indudable que una lengua original, y de la cual se han formado otras, ofrecerá á la inteligencia los modelos antes que las copias, y le revelará los secretos de la etimología y formacion de las lenguas que de ella nacieron, mostrando las raíces y elementos primitivos de que se formaron. La segunda razon es igualmente clara. Si no se escoge una lengua cuya gramática esté ya fijada, y por decirlo así, fuera del dominio del hombre, es imposible asentar la enseñanza sobre sólidos cimientos.

Supongamos por un momento que el estudio de las lenguas modernas se hace el objeto principal de la educacion, ¿cómo seria posible evitar las variaciones de las formas gramaticales? ¿Cómo podríamos fijar y determinar las formas de la elocuencia cuando se hallarian sujetas al dominio variable y caprichoso de la moda? ¿No vemos todos los dias cómo varian las formas gramaticales de todas las lenguas de Europa, á pesar de que aun consideramos como modelos, hasta cierto punto, á los monumentos literarios que poseemos de Grecia y de Roma, que todavía nos sirven de norma y permanecen fijos é invariables?

Hay que desengañarse: si quitamos á nuestra lengua y literatura este firme apoyo, la veremos desmoronarse como un edificio al que se minan los cimientos; seria dejarla sin una regla fija y constante por la que pueda dirigirse y perfeccionarse y hacer de todo punto imposible mantener puros su carácter y formas, mientras que, por el contrario, la inmutabilidad de las lenguas llamadas muertas y de sus gramáticas permite perfeccionar el método de enseñanza (sin empezar siempre de nuevo, como sucederia si tomásemos como punto de partida una gramática variable é incompleta), aprovechándonos para ello de la experiencia de los que han andado el camino antes que nosotros, y únicamente de este modo es posible establecer aquella uniformidad y continuidad en la enseñanza indispensable para conservar la identidad del carácter de nuestra literatura.

«Esta inmovilidad, dice el Obispo de Orleans, es además un gran medio, y quizá el solo de conservar la identidad del espíritu y del genio de la lengua nacional, tan favorable á la identidad del mismo espíritu y genio nacional. Para esto es necesario que los jóvenes se eduquen en la misma fuerte escuela que sus padres; y debo observar de nuevo que en esta aparente inmovilidad se halla contenido el principio de todo adelanto, de todo engrandecimiento de la inteligencia (esprit), y el medio de todo perfeccionamiento.»

Vamos ahora á examinar las cualidades y méritos especiales que distinguen al griego y al latin.—Habla-remos primero del latin.—Hace ya catorce siglos que desapareció del mundo el Imperio de Roma. ¡Roma, ciudad ilustre, pueblo gigante y poderoso cuyas legiones conquistaron el mundo difundiendo á la vez hasta sus confines la luz de su sabia y robusta civilizacion!

El pueblo romano ha desaparecido, pero nos ha dejado multitud de grandiosos monumentos que nos indican su marcha y nos revelan su grandeza y poderio.

Sus leyes son aun la base de la legislacion de muchos países; sus acueductos aun conducen las aguas á diversas ciudades, y el viajero todavía atraviesa los rios sobre sus puentes.—Pero de todos los recuerdos que de su grandeza nos quedan, ninguno tan bello y tan admirable como su lengua. Otros monumentos, aunque grandiosos y firmes todavía, dan muestras de la lucha que han sostenido contra el tiempo, enemigo terrible. Pero la lengua del Lacio ha salido triunfante del combate, y á pesar de tantas sacudidas como ha sufrido, de tantas causas como han conspirado contra su existencia, se conserva pura, firme, vigorosa y al parecer inmortal.

La carrera de la lengua latina ha sido en verdad portentosa y providencial; fué la lengua de la República Romana; en ella hablaron los poetas y oradores del siglo de Augusto, y cuando el coloso de Occidente, debilitado por el vicio y la corrupcion no resiste al ímpetu de los bárbaros, vacila y cae, ó como dice el poeta,

*Mole ruit sua.*

Entonces la vemos aparecer como lengua de la Iglesia y del catolicismo, lengua de la fé y de la civilizacion.

En latin habia dicho Horacio:

*Ultima Cumæi venit jam carminis ætas;  
Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.  
Jam nova progenies cœlo demittitur alto.*

Y la sociedad formada como para dar cumplimiento á las palabras del poeta, adopta el latin como su lengua, y la confia el depósito de sus santos misterios.

Durante la edad media se esconde en la soledad de los claustros como buscando amparo en la religion contra el furor de los hombres, para salir más adelante llena de vida y de esplendor, y ser la lengua universal de la ciencia en todos sus diversos ramos.

Hé aquí una nobleza y dignidad que no encontraremos en las lenguas modernas y títulos más que suficientes de superioridad.—Pero si estos no bastasen, aún hay otro motivo por el que merece que los españoles le rindamos especial homenaje, y es que nuestra lengua castellana es hija de la lengua latina.

No tenemos más que pasar la vista por una página de los mejores autores españoles, para reconocer el origen de nuestra lengua y los favores que debe á la latina. Y si debemos conocer á fondo nuestra propia lengua, ¿cómo será posible poner en duda la necesidad de estudiar aquella de donde se deriva y que le ha dado el ser? ¿Cómo podremos sin esto comprender su formacion, su etimología y su ortografía?

Es preciso desengañarnos: la experiencia de tantos años no ha sido en vano, y tuvieron sobrada razon nuestros mayores en dar el lugar preferente al estudio de una lengua que, á las cualidades que hemos enumerado, reúne una armonía, riqueza y majestad universalmente reconocidas, y en la que nos hablan á través de los siglos Tácito y Ciceron, Horacio y Virgilio.

Pero si todas estas razones nos obligan á dar al estudio de la lengua y literatura latina un puesto tan preferente, debemos á *fortiori*; colocar al griego en un lugar por lo menos igual.

El origen de esta lengua se pierde en la más remota antigüedad, y hasta se cree que tuvo principio en la confusion de Babel. Es por consiguiente una lengua primitiva y original, y si es cierto además el dicho de Ciceron,

*Antiquitas proxime accedit ad Deos,*

es por esta sola circunstancia acreedora á nuestro respeto.

Más dejando á un lado esta consideracion, encontraremos en la misma naturaleza de la lengua griega méritos y bellezas que la hacen merecedora de especial estudio y atencion.

Aventaja al latin en riqueza de voces. Es clara, delicada y elegante, concisa é incomparablemente suave y armoniosa. Su flexibilidad es tal, que se pueden expresar en ella los pensamientos más abstractos y difíciles, sus más delicadas tintas, y diferencias más ligeras con una concision y exactitud admirables, diciendo á veces con una sola palabra lo que en otras lenguas ocuparia una frase entera.

Citaremos como ejemplo los siguientes versos de Homero:

I. L. 22.

*Ενθ' ἄλλοι μὲν πάντες ἐπευφημῶσαν' Ἀχαιοί,  
Αἰδεῖσθαι θ' ἱερῆα, καὶ ἀγλαὰ δεῖχθαι ἄποινα·*

Hermosilla.

Al escucharle los demás aquivos  
En fáusta aclamacion todos dijeron,  
Que al sacrificador se respetara  
Y el precioso rescate se admitiese.

Lord Derby:

*Then through the ranks assenting murmurs ran  
The priest to rev'rence and the ransom take.*

Compárese este pasaje en las tres lenguas y se verá que la idea se halla expresada en el griego con menos palabras y mayor claridad que en el castellano, y aun en el inglés, que es lengua bastante más concisa, pues

la sola palabra *επεσημιασαν* expresa el poeta con viveza y energía «respondieron por una aclamacion favorable á las razones que acababan de escuchar.»

Así es que aun hoy dia tomamos del griego multitud de voces, sobre todo en las ciencias, cuando queremos expresar con brevedad y precision una idea compuesta.

Añádase á esto los diferentes dialectos que pueden usarse aun en la misma composicion, prestándole indecible gracia y variedad, junto con la admirable armonía imitativa de sus palabras, y nos convenceremos de que no tiene rival en riqueza y hermosura.

Es además de esto voz de una civilizacion que conquistó intelectualmente á la misma Roma. La lengua griega es madre de la latina y su compañera como lengua de la Iglesia. Ciceron, Horacio y Virgilio se formaron en la escuela de Demóstenes, Píndaro y Homero. Sus poetas y oradores fueron los primeros maestros del arte, llevándolo á un grado de perfeccion al que ninguno despues ha sabido sobreponerse. Homero elevó la poesía épica á tal altura, que los hombres más competentes en todas las épocas y en todas las naciones, le han reconocido siempre como el poeta más grande y el genio creador más sublime y fecundo que jamás ha existido. Los poetas épicos que despues de él han venido, no hicieron más que copiar su inimitable poema. En prueba de esto bastará citar los siguientes pasajes de los libros primero y segundo de la Iliada, traducidos casi literalmente por Virgilio:

IL. I. 55.

Τῷ γὰρ ἐπὶ φρεσὶ θῆκε θεα λευκώλενος Ἥρη·

Æn. XII. 554.

*Hic mentem Æneæ genetricis pulcherrima misit.*

IL. I. 70.

Ὅς ἦδη τὰ τ' εἶόντα, τὰ τ' ἐσσόμενα, προ τ' εἶόντα.

Virg. G. IV. 392.

*Novit namque omnia vates, quæ sint, quæ fuerint, quæ mox ventura trahantur.*

IL. II. 488.

Πληθὺν δ' οὐκ ἄν ἐγὼν μυθήσομαι, ὅσδ' ὀνομήνω,  
Οὐδ' εἴ μοι δέκα μὲν λγῶσσαι, δεκα δὲ στόματ' εἶέν,  
Φωνή δ' ἄρρηκτος, χάλκεον δὲ μου ἦτορ ἐνεῖη·

Æn. vi. 625. *Non mihi si linguæ centum sint, oraque centum,*

*Ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas,*

*Omnia pœnarum percurrere nomina possim.*

Estos son tres ejemplos de imitacion, escogidos entre muchos que pudieran citarse. Los demás autores

latinos se formaron igualmente en el estudio de la literatura griega, y no siendo en gran parte las obras de autores más modernos sino imitaciones de estos insig- nes modelos, purificadas con el fuego del Cristianismo, no es posible desconocer la necesidad de estudiar aquellos para la perfecta inteligencia de estos.

En resúmen, probada la necesidad del estudio de las lenguas y de la literatura; probadas las ventajas que ofrecen las lenguas muertas sobre las modernas; reconocida la perfeccion y superior belleza de las lenguas griega y latina, y las relaciones de origen y afinidad que existen entre ellas y nuestra propia lengua; siendo, en fin, una verdad probada que en el tiempo en que las letras españolas llegaron á elevarse á mayor altura, florecia en nuestras universidades el estudio de los antiguos clásicos, y que nuestros grandes poetas y escritores tenian un conocimiento profundo del griego y del latin y de sus respectivas literaturas, la conclusion no puede ser más que una.

Esperamos, por lo tanto, que se les conservará siempre el lugar en que la razon y la experiencia de siglos les han colocado, y confiamos en que á pesar de la oposicion de aquellos que no ven en estos estudios más que *antiguallas*, se levantarán del estado de postracion en que hoy dia yacen en España, dando así un nuevo y vigoroso impulso á la literatura nacional.

EL MARQUÉS DE CASA-IRUJO.

AL SEÑOR MARQUES DE HEREDIA.

*Si á la cariñosa amistad de V. que tanto me envanece, debo el que la siguiente ODA haya sido conocida en sus reuniones literarias, natural es que su nombre la proteja cuando una Revista importante va á darle mayor publicidad.*

¡SITIO!

(¡ SED TENGO!)

SAN JUAN XIX V. 28.

Cuando mis ojos á la Cruz levanto  
Y te miro sufrir, Señor del mundo,  
Ese inmenso quebranto,  
Ese dolor profundo,  
Por redimir al hombre, que no es nada,  
Tiemblo, mi Dios, de espanto,  
Y el ánima aterrada  
Absorta queda, y muda y angustiada.

¡Tú tienes sed, Señor, y fué tu acento  
El que llenó los mares  
En toda su extension: el que en el viento  
Forma las nubes que las lluvias vierten  
Da á los campos rocío,

Al claro arroyo su raudal de plata,  
El cauce llena del hinchado rio,  
Y retumba en la hirviente catarata!

¿No eres, Tú, de los orbes Soberano  
Señor omnipotente?

¿No das jugo en las hojas al gusano,  
Y entre la arena ardiente  
Pozo al león para su ardor insano?

¿Y de ella, Tú, padeces el tormento?....

¿Y esa angustia te aqueja  
De tu pasion en el postrer momento?....

¡Oh sublime bondad! ¡Es que tu acento  
Un misterio de amor entrever deja!

Del feroz populacho escarnecido,  
Al peso de sus culpas agoviado,

Bajo el azote herido,  
En esa Cruz clavado,  
Ni un lamento exhalaste,  
Ni cual débil, Señor, te confesaste.

Y fortaleza tanta  
Agora se quebranta,  
Y ante ese ardor impío  
Esclamas: «¡Tengo sed!».... ¿De qué, Dios mio?

Es sed de sufrir más, de más dolores;  
Quieres la fé del mundo,

Su eterna salvacion y su ventura.  
¡Oh amor de los amores!

¡Dulcísima ternura!  
¡Oh anhelo el más fecundo

Que un porvenir de gloria nos augura!  
Quieres, Señor, morir porque yo viva,

Y quieres padecer para que goce,  
Y redimir mi alma, que cautiva

Del pecado de Adan se reconoce.

¿Y quién soy yo para que bien reciba  
De tan alto valor? Átomo leve

Del tiempo y del espacio, mi existencia  
Es menos que una gota

Para el inmenso mar de tu clemencia.

¡Qué grande eres, mi Dios, y qué pequeño  
Es el hombre ante Ti! Anima mia,

Despierta al fin del vergonzoso sueño,  
Abre tus ojos á la luz del dia.

Mira esa Madre, que afligida llora  
Junto al pié de la Cruz, que ve la muerte

Del Hijo de su amor idolatrado,

Y á Él estrechada en la postrera hora  
Se le niega morir. ¡Madre infelice!

Sed tengo, su Hijo exclama,

Le da el hombre la hiel de su pecado,  
Y Ella, que Madre del dolor se llama,

Para calmar su sed darle no puede  
Una gota del llanto que derrama.

Brotad del corazon, lágrimas mias,  
En copioso raudal hasta que ardiente

Sed me abrase de amor, y digno sea  
Del sacrificio de mi Dios clemente!

Y cuando llegue la terrible hora  
Que la virtud desea,

Y espanta con su horror al delincuente,  
En el tremendo fallo de mi vida,

Poned, Madre afligida,

Ya que del pecador sois esperanza,

El llanto de mi alma arrepentida

De la justicia eterna en la balanza.

JOSÉ GARCIA.

Há pocos dias falleció el Eminentísimo Sr. Puente y Primo de Rivera, Arzobispo de Búrgos y príncipe de la Iglesia.

Su ciencia y virtudes harán que jamás pueda ser olvidado: educado en Inglaterra, el Sr. Puente adquirió tal actividad que llegó á ser proverbial la que desplegaba en el gobierno de su bien regido arzobispado. Su caridad no tenia límites. Siempre que el Santo Viático era administrado al moribundo, veíase momentos despues al Eminente Cardenal traspasar el umbral de la morada, y ora rica, ora pobre, allí repetia las inefables palabras de consuelo que habia leído en el Evangelio. Más su inagotable caridad no se satisfacía con este acto de humildad cristiana; y así, cuando el moribundo dejaba una familia abandonada á los horrores de la miseria, el prelado, recordando que los pobres eran sus más queridos hijos, partía con ellos su haber: tal ha sido su vida. Su muerte fué la del justo. ¡Dios haya acogido en su seno al ilustre Cardenal!

#### ADVERTENCIAS.

Las oficinas de la Redaccion y Administracion de la Revista se han trasladado á la calle de la Libertad, núm. 18, cuarto bajo.

Si alguno de los nuevos abonados desea que no figure su nombre en la lista de señores suscritores, tendrá la bondad de indicarlo oportunamente.

Por todo lo no firmado,

El Administrador Secretario,

LUCIANO ACOSTA.

MADRID: 1867.—Imp. de R. Vicente, Clavel, 4.